

La siembra del petróleo

NOTICIA

En el acto inaugural (6 de noviembre de 1974) del Primer Congreso Venezolano de Economía Petrolera y Minera, celebrado en la ciudad de Caracas, Venezuela, el ministro de Estado para Planificación del Gobierno de ese país, doctor Gumersindo Rodríguez, sustentó una conferencia cuyo texto reproducimos a continuación.

TEXTO

Este primer Congreso Venezolano de Economía Petrolera y Minera tiene para el Gobierno nacional una singular significación, por las proyecciones nacionalistas de sus propósitos y los fines prácticos que persigue la acertada planificación de sus deliberaciones. Ello constituye una expresión de los nuevos tiempos venezolanos, que nos obligan a transformar las victorias nacionalistas de rescate de nuestras riquezas en planes y programas para su más eficiente utilización, al servicio del progreso del país y del bienestar de sus mayorías.

Debemos pasar de esta inicial cosecha a la verdadera siembra de los frutos del nacionalismo petrolero. La siembra del petróleo en el pasado fue en gran parte una ficción, porque sus semillas se esparcían sobre una tierra poco apta para que fructificaran generosamente. La nueva siembra del petróleo constituye para nuestra generación, y muy especialmente para nuestra profesión de economistas, un desafío que debemos afrontar con determinación y optimismo. La siembra del petróleo, entendida ésta como el mejor uso de las finanzas petroleras para sustituir un recurso agotable por un patrimonio productivo permanente, no agotable, es una ficción en la medida que pretenda llevarse a cabo en una sociedad fragmentada por el

abismo entre pobres y ricos, dirigida por un Estado económicamente incapacitado para promover el progreso y la eficiencia, e intervenida en su soberanía económica por los intereses económicos de las grandes potencias industriales.

En la sociedad venezolana, por cada 100 bolívares de aumento de los ingresos factoriales, más de 66 bolívares son apropiados por el capital y menos de 34 bolívares corresponden al factor trabajo, lo que significa una relación marginal de explotación que permite al capital arrancar a la fuerza de trabajo el doble de lo que a ésta se le paga por sus esfuerzos productivos.

Las injusticias se profundizan aún más en el seno de las clases trabajadoras, lo que se constata en el campo, donde más del 50% de la población ocupada ha venido devengando menos de 200 bolívares al mes, y en los centros urbanos donde más del 40% sólo ha percibido menos de 300 bolívares al mes.

Esperar que con la subyacencia económica de las mayorías populares, determinada por esta implacable distribución del ingreso, sea posible crear las condiciones económicas, sociales y técnicas para una fecunda siembra del petróleo, constituye una imperdonable superficialidad en la que todos hemos venido incurriendo, en mayor o menor grado, desde hace mucho tiempo.

Los bajos niveles de consumo y de alimentación de las clases trabajadoras, las graves deficiencias nutricionales que crean taras mentales irreversibles en nuestros niños, la apatía que hunde sus raíces en el hambre, la deserción escolar, la delincuencia, no constituyen el ambiente más apropiado para que los pueblos asuman eficazmente el control de sus destinos.

El Estado destructor de riqueza, la incompetencia manifiesta de las instituciones administrativas, que ya resultaban inadecua-

das en la Venezuela preurbana del siglo pasado, constituye uno de los mecanismos más eficaces para la destrucción de riqueza física y financiera en el país.

Durante los cinco años comprendidos de 1969 a 1973 fue arrancado a nuestras reservas petroleras, a una tasa promedio de explotación de 3 487 000 barriles diarios, un rico inventario de riqueza no renovable de cerca de 7 000 millones de barriles, o sea, cerca de 300 000 millones de bolívares a los precios menos favorables que se pudieran obtener hoy en los mercados mundiales de este producto. Por tal concepto de agotamiento de la riqueza petrolera, el Estado recibió menos de 40 000 millones de bolívares, o sea, cerca de un octavo del valor actual de esta riqueza sacrificada.

Durante el mismo período, se sacrificaron en la exportación más de 404 millones de toneladas métricas de hierro, con una participación del Estado de menos de 1 000 millones de bolívares, o sea menos de un quinto del valor de este volumen de recursos en los mercados mundiales.

La complicidad, más inconsciente que consciente, de un armatoste estatal completamente inútil para proteger la soberanía económica del país, acentuó con sus tendencias consuntivas la vocación de éste para promover el subdesarrollo nacional. Los gastos corrientes han venido succionando casi 60% de las erogaciones públicas, lo que unido a la cancelación de la deuda pública que absorbía cerca del 8%, arroja un total de más de 67%; esto significa una detracción cuantiosa de riqueza que se resta a valiosos programas para impulsar el progreso y la independencia nacionales.

Ello es más grave aún si consideramos que una sustancial proporción de las erogaciones corrientes se destina a gastos educativos que por la ineficiencia del sistema y la pobreza de las mayorías jóvenes, arroja rendimientos decrecientes y constituye más bien una desinversión en recursos humanos.

La ineficiencia pública tiende también a consolidarse en la composición misma de los gastos de inversión, que en la administración pública en alto grado sirven de simple equipamiento a la burocracia, o cristalizan en infraestructura física de dudosa, nula o negativa productividad social.

LAS TRABAS DE LA DEPENDENCIA

Como causa y efecto de nuestras propias calamidades sociales y administrativas internas, el fenómeno de la dependencia constituye la traba objetiva más difícil de afrontar, en nuestro empeño de sembrar el petróleo para recoger cosecha permanente de bienestar colectivo. Las bajas tasas de ahorro del sector privado —estimuladas por las agresivas técnicas de comercialización de productos de patente multinacional— y la baja capitalización pública crean una paradójica escasez de capitales, que debía obviarse con importaciones de fondos extranjeros, destinados a la adquisición de sectores estratégicos de la economía nacional.

La incapacidad del complejo educacional a todos los niveles para generar las distintas calidades del capital humano requerido para la construcción de una sociedad moderna y la inexistencia de un adecuado sistema científico-técnico de generación, aplica-

ción y readaptación de tecnologías, acentúan en lo técnico y lo gerencial nuestra innecesaria dependencia en lo financiero.

Estos mismos factores de nuestra trabazón socioeconómica han determinado no sólo una tasa de crecimiento de nuestra producción por abajo de nuestro potencial, sino que han incidido también de manera particular sobre sectores específicos, como la producción de bienes de capital y la producción de bienes de consumo básico, comprimiéndolos en una situación crítica de estancamiento que en ocasiones se traduce en alarmantes signos de regresión o involución económica.

Durante el pasado quinquenio la economía en su conjunto creció a una tasa promedio del 4% —menos de tres veces su crecimiento potencial— y la agricultura lo hizo a una tasa del 2%, preparando así el terreno para un crecimiento explosivo de las importaciones de insumos y de bienes de consumo básico de origen agropecuario. El escaso desarrollo de las industrias mecánicas, y dentro de éstas de la producción de maquinaria que sólo representa el 4% de la producción bruta de la industria, refuerza la dependencia originada por una producción agropecuaria en crisis.

Las importaciones han venido creciendo a una tasa cercana al 7% al año, las de bienes de consumo en más del 8%, las de materias primas en más del 10%, las de maquinarias, accesorios y herramientas en más del 14%. En más de un 33% puede considerarse hoy el componente importado de nuestra formación de capital, y en algunas actividades excede del 50% debido a nuestro bajo desarrollo tecnológico y al atraso de las industrias metalmeccánicas.

Esta dependencia mercantil, tecnológica y financiera constituye un serio gravamen sobre nuestra generación de ingresos y de empleos, y conduce a la anulación en el mediano plazo de las ganancias que por concepto de los precios de referencia más elevados para el petróleo derivamos como país miembro de la OPEP. Más de 11% del incremento de las ganancias realizadas por el capital en el país —más de 7 mil millones de bolívares al año— debe exportarse desde Venezuela hacia las casas matrices de las empresas multinacionales que operan en el país.

La siembra del petróleo no puede ser concebida como una simple siembra de dinero, como una operación financiera sobre una geografía social y económica impreparada para absorberla, a consecuencia de la miseria y la ignorancia originada por la desigual distribución de los ingresos y las riquezas, la incapacidad organizativa del sector público y la dependencia tecnológica respecto a los países industrializados.

Una ojeada a los probables efectos del gasto público y su incidencia sobre las salidas de divisas por el solo concepto de las importaciones —es decir, sin tomar en cuenta exportaciones de ganancias y otros servicios financieros— bastaría para indicarnos la inutilidad de aplicar, en las condiciones actuales, cuantiosas dosis de los recursos petroleros con el objeto de aumentar la producción y los ingresos reales.

De no adoptarse las medidas requeridas para ampliar y flexibilizar el aparato productivo y la oferta interna y drenar mediante adecuadas políticas de control tributario y crediticio la liquidez excedente del sistema, regresaría en 1975 a los países industrializados, para pagar importaciones de bienes esenciales de consumo y producción, más de 21 000 millones de

bolívares, es decir, el 60% de los fondos externos que tratemos de sembrar inútilmente en la economía.

Se evidencia de esta manera cómo la dependencia y el atraso socioeconómico asociado a ella crean mecanismos automáticos de recirculación de fondos hacia los países de los que los hemos recibido como pago por nuestras materias primas, en una administración financiera de carácter transitorio.

EL FRACASO DE LA PLANIFICACION

En Venezuela hemos afrontado las urgencias de la planificación, inspirados en gran medida en criterios metodológicos trasplantados mecánicamente de países, principalmente industrializados, cuyo estadio de desarrollo económico y su posición en los sistemas de interdependencia económica mundial, son radicalmente opuestos a los nuestros. Los economistas de las generaciones que han antecedido nuestras promociones más jóvenes, y tal vez todavía muchos de nosotros mismos, hemos constituido una de las áreas más frágiles en la defensa de la soberanía intelectual de nuestros pueblos, a través de la cual hemos absorbido modelos de conducción, control, regulación o planificación de nuestras economías que no responden a nuestras especificidades espaciales, sociales y económicas, y que al ser instrumentados actúan como factores adicionales de distorsión estructural.

Una manifestación reciente de este trasplante mecánico de modelos económicos, lo constituyó la aplicación de conceptos keynesianos de política económica de estabilización de corto plazo en economías desarrolladas, con propósitos de desarrollo en nuestras economías subdesarrolladas.

La política compensatoria del gasto público y de la expansión de la oferta monetaria para inducir las bajas requeridas en los tipos de interés fue utilizada en países capitalistas con amplia capacidad instalada y excelente dotación de gerencia y recursos humanos en general, para generar la demanda agregada de bienes y servicios de consumo y de inversión, requerida como un sustituto de las bajas en el poder de compra producidos por las fluctuaciones de los mercados capitalistas. El éxito de las políticas keynesianas de expansión económica en rehabilitar la producción, se debió a que existían la capacidad que sólo había cesado de producir momentáneamente, la gerencia organizada en espera de los mercados para poner las plantas en movimiento y la mano de obra entrenada en la industria moderna que transitoriamente había sido desplazada de sus ocupaciones.

Cuando en América Latina nuestros economistas recomendaron políticas similares de expansión fiscal y monetaria para promover el desarrollo económico, la producción y el empleo, hicieron a nuestros pueblos simples víctimas de sus inocentes juegos de aprendices de brujos. La dilatación de la oferta monetaria y del gasto público produjeron de inmediato una amplificación de la demanda monetaria agregada, pero la inexistencia de la capacidad instalada para satisfacer el torrente de las compras así estimuladas, de la infraestructura de almacenamiento, transporte y comercialización, de la gerencia que atiende todos los aspectos logísticos de la producción y la distribución, y de la mano de obra debidamente entrenada en los modernos procesos productivos, no podía más que generar una masiva filtración de los efectos multiplicadores de las compras hacia las economías

capitalistas desarrolladas, acentuando la dependencia y provocando la salida hacia estos países de la escasa ración de divisas que obteníamos como pago a nuestras exportaciones depreciadas. Agotadas en las importaciones las reservas internacionales de por sí escasas e inestables, era inevitable el establecimiento de controles de cambio y el cierre de las fronteras y de los puertos a las importaciones.

La contención así lograda de la demanda interna dentro de nuestros territorios, producía irreversibles tensiones inflacionarias, que terminaban intensificando los grandes abismos en la distribución de los ingresos y las riquezas, y acentuando la distorsión de la economía, mediante el estímulo a las ganancias especulativas y a la colocación masiva de ahorros en el desarrollo y la especulación inmobiliaria.

Las buenas intenciones de promover el desarrollo, sostenidas incluso por los exponentes más insospechables del nacionalismo y el socialismo, concluyeron empedrando el camino del infierno de la dependencia, la desigualdad y el subdesarrollo.

La rectificación no se hizo esperar. Las técnicas del control económico keynesiano fueron sustituidas de inmediato por las técnicas de la planificación y de la programación, con todo su rigor analítico y su elegancia matemática y econométrica. Los viejos economistas de sillón, los cultores literarios de este género en las ciencias sociales, los periodistas y panfletistas y las inermes legiones de charlatanes, tuvieron que alejarse de la escena, a vegetar en la oscuridad de periódicos provincianos, para ceder el paso a las nuevas promociones de economistas matemáticos, de ingenieros convertidos en economistas, de econometristas.

Es la era poskeynesiana del culto a los cuadros de insumo producto de Leontief, del uso intensivo del álgebra lineal en la solución de los problemas de programación, de los cálculos econométricos para determinar coeficientes técnicos y su estabilidad en el tiempo y hasta en las exploraciones de la cibernética como ciencia fundamental para la teoría y la práctica del control económico.

Leontief, Chenery, Tinbergen, Strumilin, Novozhilav, Nemchinov, Oskar Lange, Michael Kalecki, son los dioses más venerados en el fascinante politeísmo de la planificación, ante la pronunciación de cuyos nombres huyen despavoridos los improvisados y los audaces en las aficiones a la economía.

Como ocurrió con la macroeconomía keynesiana —rigurosamente acertada y útil en los países donde surgió y se aplicó en respuesta a sus propias necesidades—, la ciencia de la planificación —poderoso instrumento de apoyo a la ciencia de la economía política para optimizar el uso de nuestras posibilidades productivas— al ser absorbida sin las necesarias adaptaciones tecnológicas al medio, se nos está convirtiendo en un instrumento cuya inadecuada administración en nuestras latitudes puede depararnos serios daños no siempre reparables.

El uso de estas técnicas tal como las conocemos ha sido concebido en sus aspectos fundamentales para planificar, programar, proyectar, coordinar y controlar economías que han logrado consolidar sus estructuras, bien sea capitalistas o socialistas, las cuales responden a los anhelos de sus pueblos tal como los perciben los dirigentes y dirigidos. La estructura de la

demanda y de la producción ha sido vertebrada en esos países de manera que armonice con los patrones de distribución de la riqueza y de los ingresos que se han ido consolidando en su estructura social, económica e institucional. Ello da una gran estabilidad orgánica a las funciones de consumo y producción, de lo que se derivan los coeficientes tecnoeconómicos que suministran la certidumbre requerida a los planificadores, para partir de un sector de demanda final hasta los sectores más recónditos de la producción, en la compleja trama de las relaciones intersectoriales en las matrices de insumo producto.

Estas estructuras económicas y tecnológicas han sido el resultado en los países capitalistas avanzados de una larga historia política de revoluciones burguesas y de un intenso proceso de innovación y consolidación de las estructuras económicas, sociales e institucionales; en los países socialistas surgieron en el crisol de tempestades revolucionarias que en pocos lustros crearon para la humanidad patrones alternativos u optativos de economía social, con interés diferente en la estructura de la demanda, de la producción y de la distribución. Ambos sistemas sociales tienen interés en conservar, consolidar y mejorar sus estructuras, proyectando hacia el futuro y extendiendo a todos los espacios lo que sus sociedades hasta ahora aceptan como una realidad deseable. Por otra parte, economías como la norteamericana o la soviética, terrenos apropiados en alto grado para la regulación y la planificación, son dependientes de sí mismas, con un bajo grado de apertura económica, en el sentido de que el comercio exterior representa una reducida proporción de sus transacciones totales, y con una influencia unilateral sobre la coyuntura de las economías internacionales, medianas y pequeñas.

En síntesis, la estabilidad de su complejo productivo y la protección relativa frente a movimientos coyunturales de otras economías, crea allí la infraestructura más apropiada para la planificación y la programación, que adquiere así un carácter técnico-instrumental para ensanchar lo existente, mediante el logro de más elevadas tasas de crecimiento de la producción, con su composición actual básica, y más elevados niveles de ingresos, dentro de patrones estables de distribución social de éstos, para incrementar el bienestar de sus poblaciones.

Nuestras economías son radicalmente diferentes. Fracturadas en su estructura productiva, integradas por un sector corporativo moderno donde actúa como líder tecnológico y gerencial la empresa multinacional, y por una economía subyacente en el campo y en las ciudades, que no es más que un dispositivo automático a nuestras sociedades para retener vegetativamente las legiones de trabajadores aparentes. Estas dos economías llevan existencias paralelas, y cuando se tocan tangencialmente es para que la más organizada y planificada, por la vía de la apropiación de los excedentes económicos, restrinja y empobrezca a la economía marginal.

El carácter invertebrado de esta estructura económica dual, con sus disímiles funciones de producción, es acentuado todavía más por los patrones irracionales de distribución de los ingresos y las riquezas, que concentran en pocas manos de manera casi absoluta el poder de compra, lo que se traduce en un sistema de gastos en bienes y servicios que deben ser producidos con las exclusivas tecnologías importadas del sector corporativo de orientación multinacional, consolidando así los lazos de la dependencia tecnológica con los países más ricos.

La aplicación de estas tecnologías, la estrechez relativa de los mercados que significa la concentración del poder de compra y la sustracción permanente de los excedentes capitalizables hacia los centros matrices del capitalismo corporativo, generan una acumulación creciente de mano de obra, cada vez más incapacitada por el hambre y la ignorancia para ser absorbida por el proceso productivo.

La baja utilización de las pocas capacidades instaladas y el desempleo abierto o encubierto crean amplias brechas entre nuestro potencial de producción y nuestros logros productivos, y afirman una estructura socioeconómica que, a diferencia de la de los países desarrollados más poderosos, es cada vez menos aceptada y cada vez más rechazada por las mayorías populares, que son las que, pacífica o violentamente, deciden en última instancia el destino de los sistemas sociales.

Lo que está planteado en nuestros países no es una proyección hacia el futuro de las irracionalidades del presente, no es la planificación para aumentar la tasa de crecimiento, ni —como en su visita reciente a Venezuela nos lo recordó ese gran maestro de la integridad científica que es Celso Furtado— para reproducir a más altos niveles nuestro subdesarrollo.

Lo que está planteado es planificar y programar para la modificación de las estructuras existentes, para producir una justa distribución de las riquezas y de los ingresos, para reestructurar la demanda en beneficio del pueblo, para integrar los sectores paralelos de la economía, para articular la producción con su base autóctona de recursos naturales, para lograr el pleno empleo y el entrenamiento de nuestra mano de obra para disminuir los desequilibrios interregionales e intrarregionales, y, primordialmente, para rescatar nuestras riquezas naturales y nacionalizar en beneficio del país los más grandes excedentes económicos generados dentro de nuestras fronteras.

UN NUEVO CONCEPTO DE PLANIFICACION

Pretender que sobre la base existente de relaciones económicas, institucionales y sociales sea posible planificar para la economía en su conjunto y para sus sectores decisivos, y más aún llevar a cabo el ejercicio con las técnicas existentes, constituye una simple fantasía tecnocrática que crea en la comunidad un justificado escepticismo en los planificadores y la planificación, ante los fracasos inevitables a que están expuestos los pueblos frente a la resistencia del medio con respecto a planes y programas que en lugar de sólo interpretar el sistema y tratar de amplificarlo, debieran concentrarse en la radical alteración de su estructura.

Este es el concepto y la práctica de la planificación que sustenta el Gobierno del presidente Carlos Andrés Pérez. Es, más que una planificación, una estrategia para modificar la estructura de la sociedad y abrir el camino a un sistema económico venezolano fundamentado en la explotación soberana de nuestras riquezas, en una más justa distribución de la riqueza y de los ingresos entre clases y regiones, en la revolución agraria, agrícola y agroindustrial, en la industrialización, sobre todo para producir maquinarias y generar y adaptar tecnologías, y en la racional explotación de nuestras riquezas naturales y humanas.

EL PETROLEO Y EL PLAN

El petróleo, tema que congrega a esta distinguida representación de los economistas, tiene, como realidad sectorial de amplias repercusiones sobre todo el sistema económico, una importancia determinante en la estrategia que estamos concibiendo e instrumentando, y que culminará en el proceso de planificación global de toda la economía.

La política del petróleo y el hierro, como partes integrales de una política energética asociada a una política de industrialización pesada, constituyen la primera prioridad en los esfuerzos de planificación sectorial que se realizan.

El temario de este Congreso responde con acierto a estas exigencias, y en virtud de ello la Oficina de Coordinación y Planificación de la Presidencia de la República, que me toca dirigir, cumpliendo instrucciones del señor Presidente de la República, le presta todo el apoyo a tan importante acontecimiento y tomará en cuenta, en el cumplimiento de sus funciones técnicas, las conclusiones que ustedes obtengan del esfuerzo de análisis que hoy inician.

La nacionalización del petróleo y del hierro serán hechos irreversibles que iremos afrontando durante los próximos meses, y en los delicados temas de la forma jurídica que adoptará el proceso, de las compensaciones a las partes afectadas y de la organización institucional de la nueva industria, el Gobierno está atento a las reconsideraciones de la Comisión de Reversión y a las de acontecimientos tan calificados como éstos, para precisar y adoptar la fórmula más conveniente al desarrollo del país.

En lo que se refiere al destino industrial y financiero del sector, así como a su posición dentro del proceso de planificación del país, puedo indicarles algunos lineamientos fundamentales de política oficial en la materia, que espero les sean de utilidad en las deliberaciones de este Primer Congreso de Economía Petrolera.

EL PETROLEO, LA DEPENDENCIA FISCAL Y EL PLAN

El problema del petróleo constituye parte inseparable de la planificación financiera del Estado venezolano, que conducen de manera conjunta la Presidencia de la República a través de CORDIPLAN y el Ministerio de Hacienda. El petróleo es, y continuará siendo, la principal fuente de ingresos fiscales del Estado, complementados en el futuro por la mayor contribución de los sectores internos de la economía, que se logrará con una reforma tributaria de renovadores signos progresivos.

Las asignaciones de los recursos financieros del Estado, que son básicamente recursos petroleros, se harán según las direcciones prioritarias señaladas por la Presidencia de la República por intermedio de CORDIPLAN, contenidas en el Plan Operativo Anual, que será en cada año la concreción y precisión de los planes de plazo más largo.

En este sentido, hemos estudiado la preocupación de algunos sectores por la creciente dependencia de los ingresos ordinarios del fisco respecto a esta fuente monoexportadora,

que pasó de 65% en 1969 a 70% en 1973, a 86% en 1974 y que alcanzará 85% en 1975.

En la medida que mejoremos los precios fiscales del producto, modifiquemos patrones de refinación y le agreguemos al crudo y al gas más valor en la multiplicidad de los procesos petroquímicos, tenderá a crecer esta participación, cualquiera que sea la progresividad de nuestra tributación interna. La nacionalización de la industria y de sus excedentes económicos magnificará aún más esta tendencia.

Para el Gobierno, la preocupación no es la dependencia de sus ingresos de una industria que va a ser nacional e independiente dentro de poco, sino cómo estas *corrientes de ingresos* han de reflejarse en el estado patrimonial de la nación, en el balance de la nación.

Es de mayor trascendencia económica el hecho de que las corrientes financieras se transformen en patrimonio social más productivo y más independiente que la formalidad aritmética de un mayor aporte directo e indirecto del sector a las corrientes de ingresos públicos. Por esta razón, la estrategia del Gobierno se dirige a aprovechar estos mayores aportes del sector externo para ampliar e independizar nuestro patrimonio social, adquiriendo las empresas del petróleo y el hierro, constituyendo un Fondo de Inversiones que generará miles de millones de bolívares al año, reduciendo la deuda externa para ahorrarnos los cuantiosos gastos de su servicio, financiando los proyectos petroquímicos y siderometalúrgicos para aumentar los ingresos por exportaciones y sustitución de importaciones, y organizando la formación de los recursos humanos que habrán de encarar las responsabilidades gerenciales y tecnológicas en los sectores prioritarios del desarrollo.

Esta transformación en la estructura del patrimonio nacional que lo hace más productivo, más independiente y más seguro, compensa con creces la transitoria dependencia formal en el rubro de los ingresos, y constituye la base más cierta para generar reservas que garanticen el cumplimiento de nuestros programas, contra toda contingencia externa o interna, y para diversificar en el largo plazo, de manera definitiva, las fuentes productivas de ingresos del Estado y de la sociedad entera.

EL CONSERVACIONISMO PETROLERO Y EL PLAN

El fortalecimiento de nuestro patrimonio social debe basarse en una política de conservación de los recursos de mayor escasez y de mayores perspectivas de valorización en el futuro, con el fin de disponer de activos de una creciente capacidad de capitalización automática que sirva de protección a nuestros planes de desarrollo.

El uso de los mayores ingresos fiscales para intensificar la evaluación de nuestra riqueza de petróleos no convencionales, así como la política de aprovechamiento de los recursos de hierro de tenor inferior, puede permitirnos conservar los petróleos livianos y los hierros de tenor superior, para garantizar la industrialización interna y asegurarnos los recursos de divisas que vaya requiriendo nuestro proceso de desarrollo.

En lo que respecta a la conservación de los petróleos convencionales, la preocupación determinante son las cuantiosas

pérdidas sociales de la nación por concepto de gas asociado no utilizado, el cual constituye una riquísima fuente de etano, propano y butano, que son las materias primas básicas para la industrialización petroquímica.

La planificación en el uso de los recursos de gas, dentro de un concepto del desarrollo petroquímico que tienda a proteger también la riqueza petrolera, permitirá que en la medida que se obtengan ingresos de las ventas de productos petroquímicos, podrá disminuirse el ritmo de la extracción de petróleos convencionales, sin perturbar el equilibrio entre los ingresos fiscales y las necesidades del progreso nacional.

Para la conservación de los hidrocarburos, los planes del Gobierno que se instrumentan en la actualidad contemplan, entre otras medidas, la explotación del potencial hidroeléctrico del país, ampliando la capacidad de Guri, planificando la utilización del Cauca, del Uribante, de los raudales de Atunes y Maipure y del río Ventuari.

Como en todo sistema eléctrico deberá existir un determinado soporte de protección sobre la base de generación térmica; la estrategia conservacionista se orientará a utilizar con tal propósito los combustibles pesados de inferior valor, y en caso de justificarse, utilizar el carbón como combustible con el mismo objeto.

Dentro de una planificación a plazo más largo, se contempla la evaluación de las posibilidades de utilizar como fuente de generación eléctrica —que es la actividad consumidora de combustible de la mayor ineficiencia— a la energía nuclear, aprovechando la factibilidad económica que se logra con los altos precios de los hidrocarburos y la experiencia en su uso pacífico por los países industrializados, que están acudiendo a este recurso en una escala sin precedentes.

También forma parte de esta estrategia conservacionista, la revisión de los precios internos de los combustibles a sus niveles de costos de oportunidad en el mercado mundial, en una forma gradual, que contemple al mismo tiempo la reorganización de los métodos industriales y de utilización de bienes de uso duradero, a los fines de disminuir en la medida de lo posible la alta intensidad energética en el uso de este valioso combustible en tales procesos. En la reestructuración de la industria automotriz, ésta será una meta prioritaria en la fusión industrial, la reducción de modelos y la modificación de los procesos tecnológicos.

LA INDUSTRIALIZACIÓN DEL PETRÓLEO Y EL GAS

La industrialización del petróleo en una proporción cada vez mayor dentro del país, la limitación de su exportación como simple fuente primaria de energía y la profundización en la modificación de los patrones convencionales de refinación son aspectos de una estrategia para el logro de una mayor incorporación de tecnología y una multiplicación de los procesos de transformación, que aumente el universo de productos derivados. La riqueza en aromáticos de nuestros crudos (benceno, tolueno y xileno), que como subproducto de un proceso de refinación inconveniente son exportados como insumo petroquímico a otros países, servirá de base para empresas industrializadoras del petróleo de gran envergadura.

La política de utilización petroquímica del gas contempla también el mejor aprovechamiento de éste, que hoy se desperdicia en la atmósfera, con propósitos de recuperación secundaria o para otros usos, dentro de los cuales han de destacar siempre los destinos petroquímicos. La no autorización de esquemas de explotación que enajenan grandes volúmenes de gas, como los contemplados en los proyectos de plantas de liquefacción, y el desestímulo al uso del gas como combustible en las mismas plantas petroquímicas, forman parte de una definición industrial en la materia que tiende también a la utilización racional de los distintos componentes para sus usos de mayor eficiencia y rendimiento nacional, reservando el etano, el propano y el butano para las ramas estrictamente petroquímicas, y el metano para la producción de fertilizantes nitrogenados, para el mantenimiento de la presión de los yacimientos y recuperación secundaria y, en último lugar, como combustible.

Los futuros desarrollos petroquímicos serán acometidos en bloque, desde las empresas básicas y servicios hasta las plantas finales, todo dentro de una cuidadosa planificación administrativa de proyectos, en la cual debe garantizarse la más eficaz participación de los técnicos, tanto a nivel profesional como empresarial, para asegurar la más eficiente transferencia de tecnología. La cuidadosa planificación y coordinación de la infraestructura física y social —electricidad, agua y acueductos, transporte, puertos, viviendas— y la formación de los recursos humanos, así como la atención cuidadosa a sus vínculos con los programas de desarrollo agrícola, agroindustria e industrial del país, serán realizados de la manera más rigurosa, parte de un sistema de programación y control de ejecución de proyectos, a los más elevados niveles del Estado.

EL FUTURO DE LOS JOVENES

Los programas descritos constituyen una verdadera siembra del petróleo que está en marcha. Su eficacia dependerá del éxito que vayamos conquistando en las reformas estructurales de la sociedad venezolana.

Con el objeto de que lo programado llegue a su término de ejecución y pueda ser operado de manera eficiente para garantizar la permanente creación de riqueza y bienestar de los venezolanos, es absolutamente indispensable que las masas populares, hacia las que se dirigen los programas de redistribución y distribución de la riqueza, preparen a sus legiones jóvenes en los distintos campos de la ciencia, la gerencia y la tecnología a fin de asumir, por primera vez en la historia de nuestro pueblo, el control de los destinos económicos del país. El programa de becas “Gran Mariscal de Ayacucho”, destinado a entrenar en las distintas disciplinas de las ciencias y tecnologías prioritarias a unos 10 000 jóvenes de las clases pobres de Venezuela, se propone en un plazo razonable cubrir los déficit de personal especializado en estos sectores estratégicos para el futuro del país.

La cosecha que logremos de la siembra del petróleo depende del petróleo que sembramos en el hombre, que depositemos como ciencia y como tecnología en las manos de los jóvenes, a quienes les está tocando la fascinante oportunidad de construir una sociedad que les va a pertenecer a plenitud, y que con sus manos recogerán los frutos que a todos beneficien, como fue el sueño todavía inconcluso de nuestros libertadores.